

de estas dos corrientes: la una que sube, la vida, la otra que desciende la materia. Pero hay en la materia un principio de irreversibilidad y de vejez. La radioactividad y el principio termodinámico de Carnot parecen establecer que la energía que se pierde no se rehabilita. Así pues el tiempo muerde también en la materia aunque empujándola en sentido contrario al de la vida.

JUVENTUD E HISTORIA

Conferencia del Dr. Jorge Basadre en la Asociación de Estudiantes de Ingeniería

Invitado por la Asociación de Estudiantes de Ingeniería el doctor Jorge Basadre ofreció en el local de dicha institución una conferencia sobre "Juventud e Historia".

Empezó expresando su agradecimiento a los estudiantes de Ingeniería, agregando que ocupaba su tribuna no porque se creyera apóstol ni tribuno ni magister sino por razones de cariño y cortesía; por ello no había podido negarse ni siquiera alegando la falta de tema. Al profesor visitan siempre sugerencias y deducciones sobre los temas que estudia; hay que desconfiar mucho de aquellos que nunca tienen nada que agregar a su programa y a su texto.

Hay muchas diferencias entre la juventud de San Marcos y la de Ingenieros; pero hay entre ambas una cosa común: la juventud. Hablar sobre ella, sin embargo, conduce a creer necesario el empleo de las palabras "esperanza del mañana", "ilusión", "primavera", "ideal" etc., etc. Los estudiantes de Arquitectura deben conocer (aunque entre nosotros no sería raro que no conocieran nada a ese respecto) el tipo moderno de construcciones. Ni aleros, ni hornacinas, ni frisos, ni frontones, ni ménsulas: planos, líneas, ángulos. ¡Fuera lo inútil!, parece que se ha dicho el arquitecto de hoy. En el vestido de la mujer han sido abandonados trenzas, faralas, colgandijos, colas, quedando lo necesario para la seducción y, a veces, para el pudor. En el arte, ha sido desdeñada, por igual razón, la lógica cerebral buscándose el contacto directo entre la creación y la expresión, a veces con mengua de la rima, del metro, etc. Es, un poco, el predominio de las matemáticas; pero sobre todo, de la asepsia y la higiene. La retórica es, por ejemplo, una falta de aseo.

Querer huir de la retórica no quiere decir que se tenga la presunción de decir cosas inéditas, desconocidas. En literatura debe tenerse originalidad, realizarse creación; a veces llega ello a la arbitrariedad. En cuestiones filosóficas, sociales, científicas hay que buscar, en cambio, por encima de todo, la verdad, es decir la adecuación entre la realidad y lo que se dice. El literato tiene por enemigo mortal a la vulgaridad; el que se ocupa de cuestiones filosóficas, sociales, científicas debe tener por enemigo mortal a la mentira.

No importa pues, tratándose de la juventud caer en la vulgaridad si se va a decir verdad; pero esa vulgaridad no ha de ser retórica. No importa que la juventud sea un tema de moda. Libros y ensayos se han escrito sobre ella, a granel.

Por ejemplo en el libro de los magistrados yanquis Lindsey y Evans, "Rebelión de la moderna juventud" se intenta una comprensión de la juventud, desde el punto de vista educacional y sexual. El orador, analizó con algún detenimiento este libro que aboga para que en las cuestiones sexuales, como en general, en todos los problemas modernos, se rompa con las tradiciones irracionales. Se refirió, también, a la caracterización psicológica general, sin ex-

píritu beligerante, que ha hecho Spranger de la juventud, leyendo algunos párrafos del libro de dicho autor. Mencionó, asimismo, la interpretación histórica filosofante de Ortega y Gasset quien dice que existen épocas de vejez y épocas de juventud, generaciones que luchan y generaciones que no luchan; así como la apología de Jiménez de Asúa, circunscrita al actual estudiantado español, aconsejándole que ahora sólo siembre inquietud, que rompa con el narcisismo en que viven constreñidos algunos literatos puros, que intervenga en la política dando un nuevo contenido a esa vieja palabra: mensaje que ha sido respondido en nombre de los jóvenes por José López Rey diciendo que estos quieren no ser transeúntes sino nacionales de la juventud, que ella no ilumina un momento de su vida sino talla su entereza pues no es "la alegría episódica de la luz sobre el color sino la alegría perenne del perfil sobre el espacio" y precisando luego su ideal de tipo esencialmente social del cual la República, que antes fué un máximum de aspiración no será sino el primer "goal", integrándose ese ideal con un nuevo sentido de la vida, y por ende, del amor. Se refirió además a una conferencia de Gregorio Marañón que postula una jerarquía de deberes según la edad de acuerdo con realidades biológicas: el deber de la niñez es la obediencia, el deber de la juventud es la rebeldía, el deber de la madurez es la austeridad y el deber de la ancianidad es la adaptación. El joven debe ser rebelde, dice Marañón, es decir debe ser indócil, duro, fuerte tenaz, de acuerdo con ciertas características que en él tienen el aparato locomotor, las funciones vegetativas el sistema nervioso y la idiosincrasia síquica. Ello no quiere decir que vaya a la barricada sino que se ocupe de su país, que se interese, que se apasione, que imponga el deber sobre la conveniencia. No son jóvenes, sigue diciendo Marañón, los que se ocupan primordialmente del deporte; laudable entretenimiento y recurso higiénico eficaz, el deporte no puede ser un objetivo de la vida porque la vida es trabajo, es decir creación material o intelectual y el deporte no crea nada y aún a veces no vigoriza en el sentido hondo de la palabra. Es necesario que hayan mentes conservadoras, sigue pensando Marañón, más es necesario así mismo el contrapeso que significan las mentes rebeldes y ellas deben estar, sobre todo entre los jóvenes; un joven conservador es biológicamente tan absurdo como un viejo verde. También en esta revista de opiniones, fué mencionado el nombre del exquisito prosador cubano Juan Marinello que ha afirmado que Cuba es un país de gente vieja, donde la juventud significa un alarde fugaz seguido por la rápida y viciosa adaptación; y ha afirmado así mismo que urgen pueblos con hombres que hagan juramento de mantener su espíritu de jóvenes en la más alta medida, pues sólo los pueblos que no han renunciado a ser jóvenes pueden vivir en dignidad. Por último, fué citado el nombre del eminente crítico alemán R. L. Curtius, que significa una reacción contra el concepto de "nueva generación" cuando se ocultan, allí, incapacidades, envidias y rencores individuales en estéril actitud revisionista negativa, crítica.

Cada uno de estos testimonios de hombres que otean en nuestro tiempo puede dar origen a sugestivas meditaciones sobre la juventud. Estudiar a la juventud en la historia del Perú, ¿puede agregar a ellas algunos aportes interesantes para nuestro caso peculiar? El orador cree que sí y pasa a abordar esta parte de su disertación diciendo que ella no va a ser una lección, o sea una síntesis con cohesión didáctica, asimilable al rol que desempeña el manual; ni va a ser tampoco una conferencia que debe ser exhaustiva, asimilable a lo que es un tratado; sino una conversación, y por ende, algo caprichoso, asimilable a lo que se llama como género literario, un "ensayo".

La juventud en la Emancipación como en todas las grandes encrucijadas históricas, sirvió de anuncio y de augurio: fué una especie de sismógrafo. Po-

siblemente no fueron muchos los jóvenes que actuaron hasta el fin en el ejército español.

En las jornadas precursoras de la Emancipación propiamente dicha hay una figura juvenil que ofrece singular interés. Es Mariano Melgar. Se ha considerado siempre a Melgar como un poeta malo y como un amante frustrado. Pero como amante y como poeta, tuvo Melgar algo esencial: sinceridad. Como poeta, ha vinculado su nombre a un género de poesía que aunque indígena en su origen es por su significado, netamente criollo: el yaraví. Criollo fué Melgar, por esa mezcla de un fondo aún no desbastado y de erudición (fué profesor de filosofía); criollo hasta por su repercusión ya que los yaravies o los cantos que de ellos se derivan no se cantan en los ayllus sino en las jaranas. Melgar fué fusilado después de haber actuado en el levantamiento de Pumacahua en 1814. Pumacahua era indio pero no hostil sino asimilado a la civilización. Tenemos, en contraste, a la figura de Tupac Amaru. Admirable es por su inquietud, su rebeldía y su martirio. Pero el levantamiento de Tupac Amaru no tiene sino una diferencia de grado y de cuantía con los levantamientos indígenas anteriores y con otros de nuestra época en Huaraz, Huancané, La Mar, Puno, etc. Si se fuera a hacer diferencias entre la rebelión (contra el abuso) y la revolución (contra el uso) todos esos movimientos no son sino rebeliones. Son venganzas colectivas, productos de la desesperación, estallidos locos regionales o locales, campesinos, antiurbanos, y aún, anti-criollos; en el fondo, pese a la visión de dos o tres hombres admirables, "rebel-días contra la civilización". Muy justicieros quizá en su origen y en su significado; pero sin grandes probabilidades de eficacia y con una orientación regresiva. Encarnan el indigenismo y el agrarismo puros. En cambio, la peruanidad integral está en Pumacahua, el indio que no se alejó de los criollos sino se identificó con ellos, el indio que asimiló la civilización sin desmedro de su dignidad racial. Con anhelante solidaridad podemos seguir su sublevación, desear su triunfo, lamentar su derrota porque el éxito de Pumacahua, habría sido el éxito del Perú fusionado ni alejado de lo criollo como Tupac Amaru ni alejado del indio como en la Emancipación bolivariana. Y es así como el sacrificio de Melgar, tiene, como su personalidad literaria misma, un capital significado de peruanidad integral.

En los días de la Emancipación, hay otra joven figura sumamente interesante: Sánchez Carrión. Sánchez Carrión había sido un colegial distinguido en San Carlos, tempranamente elevado a maestro y sus dotes oratorias eran tan notables que se le designaba siempre para llevar la representación de este Colegio en las ceremonias oficiales. Alguna vez, en alguna de ellas, dió pábulos a sus convicciones democráticas.

De resultas de la propaganda coincidente de profesores y alumnos el Conventorio fué cerrado por el virrey Pezuela. Cuando, por gestión de los padres de familia, fué reabierto, Sánchez Carrión pronunció un discurso servil de gratitud al virrey pero esto no era sino una táctica porque inmediatamente después fué desterrado y se cuenta que el virrey dijo: "Si este mozo sigue en San Carlos, hasta las piedras van a volverse insurgentes". Sánchez Carrión desde su retiro de Sayán cuando vino San Martín mandó su famosa carta firmada por "El Solitario de Sayán" a favor de la República y contra la monarquía. Más tarde defendió en otra carta el federalismo y entró en el Congreso Constituyente donde también lo defendió; y cuando renunció San Martín, no quiso que lo reemplazara un solo mandatario en el Poder Ejecutivo: "la presencia de uno solo en el mando me trae la imagen odiosa del rey", dijo. Pero más tarde este enemigo del gobierno unipersonal, este "tribuno de la República Peruana", como llamó al periódico que publicó, apoyó a Bolívar en su dictadura, fué secretario general de la dominación bolivariana; fué presidente del Con-

sejo de Gobierno que Bolívar creó en vísperas de su intempestiva vitalicia, sorprendiéndole entonces la muerte. ¿Claudicación? Seguramente que nó. Hay una etapa primera en nuestra vida en que actuamos según la sugerencia ajena. El ideal liberal y federalista tomado sobre todo de Francia y de Estados Unidos ilusionaba a los jóvenes renovadores de entonces, como hoy los ilusiona Rusia. Pero la personalidad no es inmutable como una figura geométrica. La experiencia, el contacto con la realidad enseñan mucho, sobre todo al que quiere ir a la acción, a la política. Sánchez Carrión comprendió que el Perú en guerra con España y asechado por la anarquía necesitaba una autoridad fuerte; que preocuparse por la fidelidad literal a los textos franceses o yanquis era funesto y se orientó hacia un realismo práctico. Bendita claudicación aquella, porque estaba inspirada en las grandes conveniencias de la patria; y tan es cierto esto que se ha dicho que a Sánchez Carrión corresponde el título de "organizador de la victoria de la Emancipación".

La figura del general Salaverry fué evocada en seguida; si Melgar es un joven de la etapa precursora y Sánchez Carrión un joven de la Emancipación misma, Salaverry es un joven de la anarquía republicana. "Háganme coronel y yo me haré lo demás", cuéntase que decía Salaverry y allí está pintado simbólicamente su psicología, de impaciente ambición. "La época es de los muchachos", dijo más tarde, cuando lo hicieron no sólo coronel sino general y él se hizo dictador. Ante Salaverry caben tres actitudes. Para unos, significó un nuevo soplo de vida ante la paralización de las reformas, la decadencia social y la corrupción. Para otros, fué un monstruo de terrorismo, de malas pasiones, de arbitrariedad. El orador manifestó que en Salaverry había ciertamente juventud; pero era juventud en el temperamento únicamente. No tenía, por ejemplo, juventud de ideas. Además su valor llegaba al atolondramiento; su energía a la crueldad. No es que la crueldad en sí sea algo condenable; pero es muy distinta la crueldad de un Lenin, metódica, lógica, razonada, conforme a un plan y la crueldad de Salaverry, vesánica: al general Valle Riestra lo hizo fusilar, dicen sus panegiristas porque llegaron unos monotoneros hasta su casa y rompieron los vidrios de su ventana.

En la generación romántica, saltando sobre la rivalidad Guadalupe-San Carlos sobre la que el orador hubiera querido hablar si el tiempo no le hubiera faltado, evocó una figura totalmente olvidada pero sin embargo muy simpática: la figura de Enrique Alvarado, el mozo que trazó virilmente la semblanza de Manuel Toribio Ureta y la de Pedro Gálvez, ministros entonces, acaso los más admirables retratos psicológicos que se han escrito en el Perú; así como la semblanza de José Gregorio Paz Soldán con saña cáustica que resulta precursora de la de Prada; y que, imberbe aún se impuso en la Sociedad Republicana, asociación de doctrinas políticas, oponiéndose a ciertas exclusiones que se querían hacer allí, con un discurso que empezaba: "Universalidad, universalidad, la democracia es como el sol que alumbra a todos". El orador leyó unos párrafos de un artículo de Alvarado en que éste censura duramente al gobierno que implantaron los liberales con Castilla, después de la victoria de la Palma, considerando que había claudicado en forma vergonzosa. El orador encontró en Alvarado un caso de juventud en las ideas. Ahora bien (y esto sin referirse a la actuación de los revolucionarios del 54 después de su victoria, en cuya crítica Alvarado acaso tenía razón en parte) la juventud en las ideas tiende a transformar los problemas sociales en problemas de conciencia. Y no son lo mismo. Abstractamente, podemos decidirnos por una u otra norma moral: el cristianismo o el descreimiento, el racionalismo o el pragmatismo, etc. Pero en los problemas sociales intervienen otros factores ajenos a nuestros deseos, a nuestra psicología, a nuestra conciencia: las circunstancias. En un pro-

blema de conciencia, la pregunta es: ¿qué debo hacer?; en un problema social, ¿qué es posible hacer? . Los que convierten los problemas sociales en problemas de conciencia son los utopistas. Es bueno que ellos existan: alarman, incitan, controlan, niegan. Pero no es bueno que todos lo sean. No hay que olvidar que los antiguos llamaron a la política el arte de lo posible y que hay una frase cristiana que dice que cada día trae su afán. Ahora tiende a revivir este prurito utopista. Pero hay una verdad fundamental: las ideas y la acción no marchan de acuerdo, el mundo de las verdades y el mundo de los hechos, el ritmo de los sistemas y el ritmo de los acontecimientos son distintos; la lógica de la vida no es la lógica del cerebro.

Brevemente, el orador mencionó también a Augusto Durand no porque merezca una actitud admirativa sino porque a los veinticuatro años fué jefe superior, político y militar del centro en la revolución del 95 y su retrato con talante napoleónico popularizó su figura juvenil en todo el país. Durand fué la juventud en el gesto; no en las ideas ni en el temperamento. Interesante como tipo anecdótico, le faltaron muchas características del verdadero hombre de Estado.

También esquemáticamente se refirió a la generación juvenil pre-guerra, no beligerante, de la que nos quedan el americanismo hecha por ella a base de congreso y de brindis, cierto sentido estudiantil mediante las asociaciones y las fiestas de jóvenes así como la tendencia nacionalista que entonces más que nada fué eruditista o superficial, sin sentido social. Tuvo breves palabras para la generación del 23 y del 24 que fué magnífica por su impulso, por su vehemencia espiritual pero desorientada intelectualmente; y a la generación novísima en la que se ha acentuado en forma aguda el afán crítico a la vez que tendiendo a primar cierta preocupación estética o puramente intelectual dentro de la cual descuellan espíritus de primer orden.

Terminó diciendo que no daría una receta de farmacéutico; pero que expresaría una deducción después de otear en el panorama de esta época y de hundirse en el subsuelo de la nacionalidad rastreando en las tinieblas del pasado la veta de la evolución nacional. Repitió una vez más su elogio a la peruanidad integral de Melgar y a la falta de miedo que a contradecirse tuvo Sánchez Carrión, en servicio del país. Y expresó que la juventud no bastaba; acaso Curtius en su reacción contra el abuso de la frase "nueva generación" expresa una verdad. A la juventud deben juntarse la **hombridad** o sea el sentido aulto de los problemas y de la vida, **eficiencia vocacional o profesional** que justifique el imperativo que el hombre tiene de trabajar, la **conciencia cívica** que es el amor a la patria en su forma más alta. Hay que ser buenos jóvenes; pero también buenos hombres, buenos profesionales, buenos ciudadanos. Y por eso es que la juventud de temperamento requiere al mismo tiempo la visión clara de las cosas y la serenidad que Salaverry no tuvo; a la juventud en las ideas, hay que agregar el tino, el acierto, el conocimiento de la realidad que Enrique Alvarado no tomó en cuenta; a la juventud en el gesto, la continuidad, el sentido fervoroso de la vida que quizá Durand no conservó. A este tipo de jóvenes, mejor dicho a este arquetipo de jóvenes dedicó sus últimas palabras. A ellos, dijo, les corresponde no ya sólo estudiar la historia sino algo más bello aún: hacer la historia. A ellos se refería seguramente Cyrano de Bergerac en su relato maravilloso del viaje a la Luna, mundo, dice Cyrano textualmente, donde los jóvenes no son los que tributan respecto y deferencia a los viejos sino los viejos a los jóvenes, así como los padres obedecen a los hijos cuando éstos, a juicio del Senado de filósofos, han entrado en la edad de la razón".